VICENTE GAOS

MIGUEL Y SU HADO

Si a un autor hubiera que valorarlo exclusiva o principalmente por sus dotes naturales, Miguel Hernández sería, con García Lorca, nuestro mayor poeta contemporáneo. Pero el hado, tan contrario en todo a Miguel, quiso que, además de sus trágicos infortunios personales, tuviera el de llegar a las letras en un mal momento. Entendámonos: no es que el momento fuera malo en sí. Pero, de hecho, para Miguel fue más bien contraproducente. De haber llegado a la poesía en otra sazón, de haber vivido simplemente unos años más (con lo que esto hubiera supuesto de mayor madurez personal y de nueva coyuntura), adivino que su poesía habría sido muy diferente. Pero por mucha que sea la fuerza espontánea de un poeta —y la de Miguel era inmensa—, la circunstancia histórico-poética resulta imperiosa. Y Miguel se desenvolvió en un momento de exagerado cultismo, de barroca retórica, que, a mi juicio, se avenía muy mal con su auténtico genio. Cuando —olvidándose de las normas poéticas vigentes— se entregó intuitiva, libremente a ese genio, hizo poemas magistrales; así, algunos romances tan cálidos, tan entrañables, de tal garra, como los mejores que puedan hallarse en el romancero tradicional español.

Pero a Miguel, «culto sí, aunque bucólico», le dio por ser gongorino, calderoniano, conceptuoso, «literario». La tentación barroca, a la que tan fácilmente sucumben los españoles; la propensión a retorizar, el «ultracultismo» acaso como deseo de demostrar pericia y letras, y no pasar por ignorante, le cogió de lleno.

Fue una lástima y un contratiempo. El caudal, el torrente poético de Miguel parecía pedir otro cauce que la canalización barroca. Así, sin que lo pueda evitar, su poesía me hace el efecto de un error, de una falta de adecuación entre lo que podía, *debía* haber sido (lo que es, finalmente, pese a las trabas, rompiéndolas, trasluciéndose como las venas a través de la piel) y la expresión que tomó. En términos aristotélicos, diría que la poesía de Miguel era *en potencia* no ya mejor, sino sobre todo distinta de como fue *en acto.* En otro autor que no fuera él, diríamos que había existido una frustración. Pero Miguel era demasiado gallardo para que pudiera frustrarlo nada.

No es, pues, la poesía de Miguel algo que se quedara a medio hacer; su obra quedó plenamente cumplida, sólo que a mi ver el cumplimiento no se corresponde de modo exacto con la promesa. Hay en esta obra como un contratiempo, un contrasentido, una desviación de la meta a la que parecía apuntar.

Esta especie de contrasentido que sella toda o casi toda la poesía de Miguel aparece a primera vista en un poema muy característico de su manera y sobre el cual diré unas palabras: la *Canción del esposo soldado.* Ya el título es poéticamente contradictorio: la *canción* y el *soldado,* espontáneos, tomados de la realidad inmediata, se alinean de un lado; el *esposo* viene probablemente del *Cántico,* de San Juan. Igual origen tiene con seguridad la «cierva concebida.» A su vez, el «gran trago» nos trae el regusto de las *Coplas* de Manrique, el «cristal delicado» suena a Garcilaso, el «polvo» y los «huesos» trascienden a Quevedo. Y Lope, en la campesina «sábana de almidón», y Góngora y Calderón, en el «estruendo» de la misma sábana, solemne ahora, puntúan de modo harto obvio el carácter culto, «literario» de este poema. No voy a discutir su originalidad, que se impone en el acto junto con el reconocimiento de los orígenes señalados. He mantenido más de una vez que las «fuentes» no sólo no anulan la originalidad, sino que son el medio más seguro de llegar a poseerla. Pero yo diría que la originalidad de Miguel debía haber sido *otra.*

Puede que todo lo que he dicho sea una infundada presunción mía. En cualquier caso, el nervio, el vigor, la temperatura poética de Miguel eran de tal grado, que se imponen a la concreción en que fraguaron sus poemas. Miguel no era un escritor, era un huracán, una fuerza capaz de atropellar todo

obstáculo. Sólo se estrelló en el que ningún hombre puede vencer: en el de la muerte.

Y ahora, releyéndolo, su «viento del pueblo», su gran espíritu popular no sofocado me sacude con renovada emoción. Como me sacude el recuerdo de mi único encuentro con él, recuerdo de una tarde envuelta en años, de una fugaz conversación con aquel hombre que era entonces «esposo» y «soldado» sencillo, anónimo: uno entre tantos españoles a quienes les estaba deparado un amargo destino.

[*Ágora,* núms. 49-50, Madrid, noviembre-diciembre de 1960]